

En camino hacia Ryloth, Darth Vader y el Emperador viajan en la prestigiosa nave de entrenamiento *Desafío* dirigida por el comandante Baylo, mientras inspeccionan el sistema de escuelas militares que ha heredado el Imperio.



Orientación

John Jackson Miller



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Orientation*

Autor: John Jackson Miller

Ilustraciones: Brian Rood

Publicado originalmente en *Star Wars Insider 157*

Publicación del original: abril 2015

14 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi

Revisión: Bodo-Baas

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

28.08.15

Base LSW v2.21

Declaración

—¡A las estaciones de batalla! ¡Hostiles por la banda de estribor!

En el pozo de mando el crucero imperial *Desafío*, 20 miembros de la escasa tripulación se volvieron apresuradamente hacia sus terminales, dispuestos a defenderse del ataque. Todas las mentes estaban centradas en la situación… excepto una que pertenecía a la figura que se cernía, oscura e inmensa, en la pasarela sobre ellos. Darth Vader lo observaba todo con total desinterés.

No había nada en esta «batalla» que atrajera la atención del Señor Oscuro. No era real. No había nadie que desafiara al Imperio. No hacía mucho tiempo que él y su maestro Darth Sidious, que ahora gobernaba la galaxia como Emperador, habían llevado las Guerras Clon a su fin; y aunque ambos se dirigían ahora a Ryloth para erradicar la insurgencia, los «hostiles» del exterior eran pura ficción, parte de un ejercicio de entrenamiento.

—Media vuelta, rápido, cretinos —gritó el comandante Baylo, pasando junto a Vader en su caminata por la pasarela—. ¡Mientras esperaba a que terminarais vuestro picnic, habéis perdido vuestros escudos de proa! —Apoyó las manos en la barandilla y se inclinó para bramar—: Hoy tenemos un espectador. ¿Queréis hacerme quedar mal?

Vader pensó que ya lo había hecho. Con los 70 años bien cumplidos y una nariz demasiado larga para su rostro, Pell Baylo caminaba con una cojera exagerada que hacía que el hombre achaparrado se balanceara arriba y abajo como un objeto flotante. Sin embargo, tenía toda la atención de los cadetes en los pozos a ambos lados de la pasarela, todos los cuales se afanaban ahora para corregir sus errores.

Vader pensó que su propia presencia allí también era un error. Pero Sidious le había traído al puente del *Desafío* y le había dejado allí. Era su deber quedarse, aunque no viera ninguna otra razón para estar allí.

Cruzando la vasta extensión del cosmos entre Coruscant y Ryloth, Darth Sidious había ordenado una parada en el sistema Denon para poder consultar con varios jefes de la armada, de visita allí para debatir cuál sería la mejor forma de integrar en la Academia Imperial el batiburrillo de escuelas militares afiliadas que habían existido bajo la República. Con su sustento en juego, Baylo había sugerido una solución para ganar tiempo: el encuentro podría tener lugar a bordo del *Desafío*, el crucero que había dirigido como escuela de entrenamiento de vuelo durante casi 50 años. El comandante mostraría a sus estudiantes en acción mientras transportaban a su Alteza Imperial en una etapa de su viaje.

El Emperador había elogiado a Baylo por su sugerencia. Vader vio a través de la oferta. *Un esfuerzo inútil de salvar su escuela.* Las Guerras Clon habían dejado el Instituto de Entrenamiento de Vuelo *Desafío* —conocido para la mayoría de espaciantes como «la Escuela Baylo»— directamente bajo el paraguas de la Armada de la República, con Baylo recibiendo el rango de oficial de línea. Y sin embargo el comandante todavía trataba el instituto como si fuera una propiedad personal, ignorando las agendas

programadas y aseverando que él sabía mejor que nadie cuándo estaban los reclutas listos para el servicio. Incluso ahora, con el Imperio al mando, los líderes navales eran reacios a controlar a Baylo; después de todo, él había entrenado a muchos de ellos a bordo del *Desafío*. Vader esperaba que esa resistencia se desvaneciera, ahora que el Emperador estaba en escena. Baylo era simplemente otro fósil, casado con prácticas arcaicas.

Pero su maestro sólo permaneció medio minuto en el puente antes de marcharse a sus reuniones con los jefes navales que eran los superiores de Baylo… dejando detrás a Vader para observar el patético espectáculo de pantomima de Baylo. Vader había protestado, tan enérgicamente como pudo atreverse:

—Le serviría mejor en otro lugar, Maestro.

El Emperador no quedó complacido.

—Yo decido dónde se te necesita. Te quedarás aquí y serás mis ojos.

Eso fue varias horas antes, y Vader no había visto nada que fuera digno de su atención. Baylo había dirigido las prácticas de sus cadetes, increpándolos uno tras otro, y soltando aforismos. El primer ataque simulado concluyó, y desató otro.

—… todo reside en la actitud, en más de un sentido —estaba abroncando moderadamente Baylo a alguien—. Piensa en tu dirección, en tu objetivo. ¿No sabes adónde vas, cadete? Porque si *tú* no lo sabes, desde luego tu nave no lo sabrá…

Los estudiantes —humanos de veintipocos años, algunos en sus primeros vuelos de orientación— parecían casi felices de recibir esos tópicos y ese abuso verbal. Vader sabía que Baylo tenía un estatus de mito en los círculos navales, y no sólo por sus hazañas. El *Desafío* había luchado contra los piratas cuando estaba en servicio de patrulla, sí… pero la columna vertebral de Baylo había sufrido daños, y ahora su lucha diaria era con el dolor casi constante. Desde que había subido a bordo, Vader había escuchado dos veces cómo los cadetes hablaban en susurros acerca del valor de Baylo por seguir trabajando a pesar de la agonía.

Ridículo. Baylo no sabía nada acerca del dolor.

Una voz sonó a su espalda.

—Está llegando una lanzadera desde Denon, comandante. El Vicealmirante Tallatz va a bordo.

Baylo se incorporó junto a la barandilla.

—Ese debe de ser el último de los invitados de Palpatine… del *Emperador* para su reunión. —Comprobó la hora—. Navegante, traza nuestra ruta hiperespacial a…

—Ya lo he hecho, señor —exclamó una voz femenina desde el pozo.

—Yo seré quien valore eso.

Obligando a que sus pies atrofiados dieran un paso y luego otro, Baylo bajó laboriosamente los escalones hasta el pozo de mando. Una mujer de piel marrón oscura, vestida con el uniforme gris de los cadetes, apartó su silla del terminal, permitiendo que el anciano se acercara. Mostraba un atisbo de sonrisa confiada mientras Baylo leía el monitor.

—Estoy impresionado, cadete —dijo—. Llegarás lejos… al igual que esta nave. ¿O tu intención *no* era trazar un curso al Espacio Salvaje?

La sonrisa de la cadete se desvaneció. La joven miró más allá del hombre, revisando sus cálculos, súbitamente confusa.

—Es un curso a Christophsis, señor, donde el *Peligroso* se reunirá con nosotros.

—Has pasado por alto tener en cuenta una singularidad en nuestra ruta que reconfigurará nuestro recorrido hiperespacial de un modo de lo más sorprendente. Ahora sabemos quién será nuestro próximo almirante —añadió con un bufido. La joven se apartó humillada mientras Baylo comenzó a trabajar en la consola. Tras un instante de trabajo, dio un paso atrás—. Ya está. Pequeño ajuste, gran diferencia. —Miró a uno y a otro lado—. Oídme todos, los detalles importan. Una armada no se construye a base de capitanes… sino de tripulaciones que son cuidadosas con su trabajo.

—Sí, comandante —fue la respuesta de los cadetes.



Consciente de la mirada de Vader, Baylo alzó la vista hacia el Señor Oscuro.

—No aprenden de inmediato, pero aprenden. Obtengo resultados. Puede decirle eso a su Emperador.

—Él es también su Emperador.

Eran las primeras palabras que Vader había dicho delante de los estudiantes, y varios de ellos se removieron en sus asientos al escuchar su potente voz.

Pero si Baylo estaba agitado, no lo demostró.

—Lo siento, se me ha olvidado… ¿Cuál dijo que era su relación con el Emperador?

—Será mejor para usted que nunca lo sepa.

Esta vez, Vader logró una reacción. Baylo se enderezó —una ardua proeza para él— y golpeó con la mano el respaldo de la silla de la mujer a la que había corregido.

—Bueno, aún puedo enseñar un par de cosas a mi gente. Servicio de correo adicional para ti, Sloane, una vez que acabes aquí. Puedes pensar en la navegación mientras buscas tu camino por la nave.

—Sí, comandante —la cadete regresó a su estación y miró con gesto ausente la pantalla ante ella, tratando de comprender su error.

Baylo avanzó cojeando de vuelta a las escaleras.

—Ya tienes la configuración. Llévanos al hiperespacio en cuanto se haya completado el atraque del almirante. Necesito prepararme por si me necesitan. —Subió con dificultad los escalones y pasó junto a Vader—. Seguid con vuestro trabajo, cadetes.

Vader vio salir al envejecido comandante… y entonces pensó en la conversación. El hombre que una vez había sido Vader se habría enfurecido ante tal tratamiento. Todos sus maestros Jedi pensaban que eran más listos que él. Y eran tan engreídos, siempre aparentando que conocían algún secreto del universo que él era indigno de aprender. Todo era una mentira, una falsa fachada para ocultar sus debilidades. Era Darth Sidious, ahora Emperador, quien tenía los secretos, no ellos. Había sido un placer demostrar que todos ellos estaban equivocados.

Pero Sidious estaba ahora en el mismo papel de maestro, y estaba haciendo muchas de las mismas cosas: actuar como si él fuera más listo, y dosificarle la información sólo cuando él quería. Vader había cambiado todos los maestros del consejo Jedi por uno solo. Uno mejor, eso lo sabía: los secretos del poder que Sidious compartía eran reales. Y sin embargo, por muy diferente que fuera su relación maestro-aprendiz, había servido a Sidious el tiempo suficiente para tener esa sensación familiar. El Emperador tenía otra cosa que hacer… y había dado a Vader un trabajo sin importancia para mantenerlo ocupado.

No. Ese concepto chocaba de frente con algo que hace tiempo que Vader sabía sobre sí mismo. *Cualquier trabajo que yo haga es importante… porque soy* yo *quien lo está haciendo.*

Con su capa ondeando tras él, Vader descendió por las escaleras al pozo de mando. Allí, al fondo, estaba sentada la cadete humillada de antes.

—Tallatz ha desembarcado —dijo su vecino—. Su lanzadera ha partido.

Sloane miró fijamente de nuevo los números ante ella y suspiró.

—Las coordenadas del comandante están fijadas en el ordenador de navegación. Preparados para saltar al hiperespacio a mi señal.

—*Espera*.

La voz de Vader la sorprendió, y ella se volvió en su silla. Sus ojos marrones se abrieron como platos al alzar la mirada hacia él.

—¿Sí, milord?



—¿Qué es lo que ves?

—N-nada.

—Temes contradecir a tu maestro.

Ella se agitó en su asiento.

—Milord, no quiero decir que el comandante se equivoque en su…

—No. Eso es *exactamente* lo que quieres hacer. —La mujer había ocultado sus emociones a sus compañeros, pero no podía engañar a Vader. Había sentido su rabia al ser avergonzada… y había estado hirviendo desde entonces, logrando finalmente atravesar los preocupados pensamientos del propio Vader—. Habla, cadete…

—Sloane. —Tragó saliva—. Rae Sloane, de Ganthel. —Señaló el panel detrás de ella—. He estudiado nuestra orientación y he hecho los cálculos, con el ordenador y sin él. Algo no cuadra…

***

Baylo estaba esperando en la antecámara cuando Vader entró en la cubierta administrativa. Con un antiguo gabán, atuendo de gala de la época en la que él era un estudiante, Baylo se inclinaba junto a un gran ventanal observando el fluir de las estrellas del hiperespacio. Vader vio que usaba el marco de la ventana para apoyarse. Parecía viejo, incluso para él.

Se irguió al ver a Vader.

—Le dije que estaríamos de camino a tiempo.

Vader no dijo nada.

—Hmm. —Baylo miró la puerta cerrada—. No estoy acostumbrado a esperar fuera de mi propia oficina.

—No es su oficina.

Baylo miró a Vader… y soltó una leve risita.

—Lo que usted diga —dijo. Antes de que el anciano pudiera volver su mirada al exterior, la puerta de la oficina se abrió. De ella salieron tres mujeres y un hombre, todos ellos almirantes: jefes de las diversas ramas de la Armada Imperial. Cada uno de ellos miró brevemente a Baylo y se dirigieron en silencio al ascensor.

Eso hizo que el comandante frunciera el ceño, pero sólo por un instante.

—El Emperador nos recibirá ahora —dijo Vader.

—¿Quién le ha dicho eso?

Vader se limitó a señalar la puerta. Encogiéndose de hombros, Baylo tomó aliento y comenzó a acercarse, seguido como una sombra por el Señor Oscuro.

El capitán del *Desafío* estaba de pie en su propia oficina, con las manos entrelazadas y mirando al frente. La sala no tenía ventanas salvo por un único portillo; y las paredes estaban cubiertas de placas e imágenes que mostraban los nombres y rostros de pasadas promociones de cadetes. Vader pensó fríamente en la sala, un patético altar de un pasado que pronto sería olvidado. Un marco adecuado, por otra parte: sentado en el escritorio de Baylo, la figura de capucha negra del Emperador comenzó a describir sus planes recién trazados para la Academia Imperial. Incluían varias modificaciones en la estructura de operaciones, haciendo que el organismo respondiera más ante él. Y otro cambio más:

—El *Desafío* se acerca a la obsolescencia… y no emplearemos a nadie que no responda al mando. La «Escuela Baylo», como usted la llama, será integrada en el centro de entrenamiento existente en Corellia. Y usted ocupará un asiento en el instituto de navegación en la superficie del planeta.

—No.

El Emperador quedó aún más sorprendido que Vader por la respuesta de Baylo.

—¿Cómo dice? —dijo su Maestro, con una voz cercana a un siseo.

—No, no transferiré esta nave a su nuevo mando. —Todavía tan erguido como su retorcido cuerpo le permitía, Baylo señaló con la cabeza el gran sello en el muro, a la derecha de su escritorio—. El *Desafío* fue comisionado por la República Galáctica… y

destacado a mi mando para que aquellos que entrenaran aquí pudieran servir a esa República. No reconozco la legitimidad de su nuevo orden.

El Emperador frunció el ceño.

—No me venga con juegos, comandante. Tanto si ha tenido tiempo para cambiar la decoración como si no, la República ya no existe. El Senado decidió…

—… disolver su pacto con la gente —dijo Baylo, elevando el volumen de su voz—. Aquello a lo que juré lealtad ya no existe. Considero el Imperio Galáctico como un poder hostil… y no puedo cumplir esas órdenes. —Introdujo la mano en su chaleco, un acto que atrajo inmediatamente la atención de Vader. Pero antes de que pudiera hacer uso de la Fuerza para alcanzar su sable de luz, Vader vio que Baylo extraía una tableta de datos—. Esto es mi dimisión.

Se la ofreció al Emperador.

El Emperador se limitó a mirarla fijamente. Y entonces soltó una risita.

—¿Un republicano, Baylo? Me habían dicho que usted era más inteligente.

Viendo que nadie la recogía, Baylo devolvió la tableta de datos a su bolsillo.

—Por supuesto, estoy dispuesto a permanecer en el calabozo hasta que lleguemos a nuestro destino. Comprendo la necesidad de mantener el orden en una nave. —Miró fijamente al Emperador—. Pero el lugar del orden es el ejército. No la vida civil. —Baylo volvió la mirada a Vader. Al no obtener respuesta, el comandante se encogió de hombros. Alzó la mirada al portillo, y a las estrellas que pasaban al otro lado—. Disfruten del resto del viaje. Supongo que puedo marcharme.

Vader dio un paso hacia Baylo. Él también había estado observando las estrellas que pasaban en el exterior mientras escuchaba el pequeño discurso del hombre… y esperaba a ver la reacción del Emperador. Baylo se volvió para descubrir a Vader avanzando hacia él.

—Otra vez este tipo —dijo Baylo apretando los dientes, tratando de no mostrar ningún temor—. No me importa si me mata.

—No —dijo Vader. *En eso tiene razón*—. Porque cree que ya está muerto.

El Emperador miró intensamente a Vader.

—¿Sus achaques?

—No. Trazó un curso que causaría que el *Desafío* saliera del hiperespacio en Christophsis… y se precipitara en el sol.

El Emperador abrió un poco más los ojos.

—He revocado sus órdenes.

Entonces los ojos del Emperador volvieron a entrecerrarse.

—¿Y? —preguntó su Maestro.

Como si fuera la respuesta, el *Desafío* regresó al espacio real en ese instante… con millones de kilómetros de seguridad entre él y la mencionada estrella. Vader podía verla brillar en el exterior del portillo, junto con algo más: el *Peligroso* estaba allí, aguardando como se le había indicado.

Al verlo, Baylo profirió una obscenidad. El Emperador también lo vio.

—Muy bien, mi viejo amigo. —Miró con amabilidad a Vader—. Esto es parte de lo que esperaba de ti; ocuparte de los problemas insignificantes para que yo pueda centrarme en los asuntos más grandes.

Vader sintió un arrebato de orgullo. Había sospechado que era una prueba que el Emperador había puesto en su camino; en cambio, había descubierto algo que su Maestro había pasado por alto. Incluso así, la palabra «insignificante» aún no le sentaba bien a Vader, y pudo advertir que a Baylo le molestaba aún más.

—¿Tiene algo que decir? —preguntó Vader.



—Puede estar seguro —dijo Baylo, dejando a un lado la prudencia. Se había derrumbado al descubrir el fracaso de su plan, pero al concentrar su dolor y su odio en el Emperador parecía haber ganado fuerzas—. Le he observado a usted y a sus secuaces, Palpatine. Corrompiendo la armada, poco a poco durante las Guerras Clon. Convirtiendo algo noble, algo que pretendía ser un escudo, en un arma. En algo *opresivo*. ¡Un servicio que necesitó generaciones para gestarse, por el que mis estudiantes han dado sus vidas!

—Señaló con el índice las imágenes de la pared—. Soy mayor que usted, «Emperador»… no importa el aspecto que tenga ahora. ¡Recuerdo cuando ese era un título honorable!

Vader había estado esperando la airada represalia de su Maestro desde que Baylo abrió su irrespetuosa boca, pero en lugar de eso el Emperador parecía divertido.

—Habría matado a varios de sus propios colegas.

—Traidores, tratando de salvar sus puestos.

—Y a una tripulación de cadetes suyos, ¿todo por venganza?

—Un destino mejor que convertirles en droides. Porque es eso lo que quiere, ¿no es cierto? Esclavos sin mente, simples robots en su…

Las palabras se atascaron en la garganta de Baylo… al igual que su aliento. Vader apretó los dedos de su mano derecha, convocando el lado oscuro de la Fuerza para aplastar la tráquea del comandante. Cayó sobre la cubierta como un toydariano al que le hubieran cortado las alas; una comparación no muy desagradable, pensó Vader.

Pero la sonrisa del Emperador se desvaneció.

—¡Lord Vader! —dijo, levantándose de su asiento—. No te he ordenado matarle.

Vader miró al Emperador y no dijo nada. De nuevo a solas, eran maestro y aprendiz, Sidious y Vader: y el Señor Sith de mayor edad habló con libertad y furia.

—Habría mantenido con vida al desdichado, para sentir placer con su dolor mientras transformaba su Armada… mientras desguazaba su preciosa nave convirtiéndola en bandejas de cafetería. —Reflexionó mientras observaba el cadáver—. Y un maestro que mataría con tal facilidad a sus estudiantes podría moldearse en algo que me resultara útil.

—Era una amenaza —dijo Vader—. Ha sido eliminada.

Sidious hizo una mueca de disgusto.

—De todas formas, yo no lo había ordenado.

—Era una cosa insignificante, una de esas de las que usted espera que *yo* me ocupe. Mi modo es más rápido —dijo Vader, antes de refrenarse y añadir—: …Maestro.

Sidious le miró. Pero antes de que pudieran cruzarse más palabras entre ellos, sonó el timbre de la puerta.

—Entre —dijo el Emperador.

La puerta se abrió deslizándose, y Sloane dio un paso adelante.

—Ha llamado el capitán Luitt del *Peligroso* —dijo. Reticente a mirar directamente al Emperador y a su ominoso sirviente, buscó alguna otra cosa en la que centrar la mirada—. Está listo para continuar su viaje a Ryloth tan pronto como…

La educada cadete se quedó sin palabras al descubrir el cadáver en el suelo. Soltó un jadeo.

—El comandante Baylo sucumbió finalmente a sus heridas —dijo el Emperador, indiferente.

Sloane parecía aturdida. Baylo había estado perfectamente la última vez que ella le había visto. Pero no podía estar descontenta, pensó Vader: Baylo la había menospreciado en público. Sloane probablemente se daría cuenta de ello más tarde, en cuanto recordara

dónde estaban sus prioridades. Era inteligente, y la gente inteligente se daba cuenta de esas cosas.

Pero ahora el Emperador reclamaba su atención al pasar por encima del comandante caído de camino a la salida.

—Tengo una instrucción adicional para que usted comunique a sus superiores en la Academia.

—¿S-sí, milord?

—Se cambiará el nombre de esta nave de entrenamiento —dijo el Emperador, mirando lleno de intención a Vader—. De *Desafío*… a *Obediencia*.

—Por… por supuesto. —Hizo una inclinación de cabeza y se dispuso a seguirle.

Y Vader también.